en los momentos de victoria y sus éxitos fueron atribuidos al ejército de línea. Con ello se obvió la participación popular en la independencia y las exigencias sociales de este sector pudieron reducirse al mínimo. Así, terminada la guerra los jefes militares, los únicos vencedores, "también lo fueron en el plano político y social".[58] La elite limeña no expresó su gratitud a las montoneras y guerrillas, porque aún prevalecía en ellos el temor a la multitud de indios armados.[59]

Conclusiones.

En conclusión la historia militar nos ofrece nuevas fuentes como son las Listas de Revistas de comisario de los cuerpos militares, las hojas de servicio de los soldados, los legajos de pensiones, partes de guerra, órdenes generales, memorias. Estos documentos permiten determinar el origen y condición social del combatiente. El efectivo de los ejércitos, el reclutamiento, la instrucción e incluso la vida cotidiana del soldado.

Igualmente nos ofrece nuevas herramientas de interpretación de las guerras de independencia y nos abre muchas posibilidades de investigación. En el caso peruano sirve para comprobar que la guerra de Independencia fue un proceso iniciado en 1811 y dividido en fases. Cada fase es un avance hacía formas más elaboradas de la organización militar y de la difusión de las ideas de libertarias que fomentaron la participación popular. Tal vez fragmentada en los intereses que motivaba su apoyo, pero los que empuñaban las armas eran no sólo indígenas eran también mestizos, y en algo debían creer como para arriesgar sus vidas en un campo de batalla.

El comando de las unidades estuvo en manos de extranjeros, pero también hubo un buen número de oficiales peruanos. Como explicamos entonces el militarismo de los años iníciales de la república. Que la guerra cambio poco en la estructura social y económica del país, eso también es cierto. Nadie duda que la independencia peruana se quedó en una promesa. Pero hubo amplios sectores que se unieron y creyeron en ella.

[58] Francisco Quiroz Chueca. Op. cit. p. 745 -747.

dad 1813 fingiendo haberse adherida a la revolución y con la aparente anuencia de Goyeneche. Su fin habría sido el de infiltrarse en las filas patrióticas.

Como muy bien plantea Paula Peña Hasbún, La guerra de independencia en Santa Cruz de la Sierra (1809-1825) fue un proceso diferente en relación a los otros espacios en conflicto. Señala que la guerra de independencia en la Audiencia de Charcas no fue un proceso homogéneo, por lo que tuvo un desarrollo diferente en cada una de las regiones que componían su territorio, especificidades regionales que fueron determinantes para el desarrollo de la guerra. Por ello, no se puede hacer una historia de la Independencia, con unos parámetros únicos para todo el territorio de la actual Bolivia. Eso explica que en Bolivia cada región ha festejado su propio bicentenario. Presenta el desarrollo de la Guerra de Independencia en Santa Cruz y en los territorios de su jurisdicción, prestando especial interés a la separación de Santa Cruz de Cochabamba, que habían sido unificadas por la Ordenanza de Intendentes de 1782.

Fedora Martínez Grimaldo a través de Los códices ullantinos huellas precursoras del pensamiento indígena muestra a Ollantay una obra teatral quechua, sustentada en la tradición oral recogida por Miramontes y Zuazola, en el siglo XVII por Vasco de Contreras, aun cuando muchos sugieren a Antonio Valdez como el autor. La obra esta constituida en los mundos indígena y occidental. La información sobre la puesta en escena de la obra en tiempos coloniales parece no haber sido encontrada, sin embargo las profusas apariciones de sus códices han impactado el mundo académico literario. Esta separación entre la representación teatral y el texto del drama nos grafica la separación mental y emocional de los sectores rurales de los usos y gustos estéticos urbanos.

Juan H. Jáuregui
Centro de Estudios para la América Andina y Amazónica